

José  
Manuel  
Benítez  
Ariza

Vacaciones  
de  
invierno



Paréntesis

**FRAGMENTO**

*Colección Umbral*

## PARÉNTESIS EDITORIAL

### Primeros Títulos:

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*

INMA PORTALO Y JAVIER VILLANUEVA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*

LADY GREGORY

*Todas las mujeres*

JOSÉ MARÍA CONGET

*La sangre y el eco*

JULIO MANUEL DE LA ROSA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

*Plaza del Cabildo*

EMILIO DURÁN

1

SALA DE SEIS \* LA HERENCIA  
CAUSAS Y EFECTOS

El celador señaló la cama que me habían asignado: fondo derecha, la tercera en la pared de ese lado, la única todavía sin ocupar en aquella sala de seis. Creo que soy un optimista. Siempre procuro ver el lado bueno de las cosas. Y esta cama ofrecía la ventaja comparativa de ocupar un rincón. Que no era poco: según podía verse, sólo el ocupante de la cama situada en el rincón opuesto había conseguido acotar algo parecido a un espacio propio: con darle la espalda al resto de la sala, podía hacerse la ilusión de hallarse en una habitación independiente, cerrada por las dos paredes en esquina. Una de ellas, además, la paralela al costado de la cama, le procuraba un lugar idóneo para depositar sus posesiones, el pequeño foso o pasillo que quedaba entre la cama y la pared, en el que se acumulaba toda clase de trastos: la bolsa de viaje a cuadros, que, por lo vieja y descolorida, parecía contener los efectos personales de un muerto; el taburete de playa, escuálido y mohoso; un *Scalextric* guardado en su caja, o una simple caja vacía, quién sabe, porque nunca la vimos abierta ni el juego desplegado; un perchero, o puede que un soporte para goteros, del que colgaban

varias prendas de abrigo; dos o tres cajas de zapatos; una pila de periódicos y revistas; una manta de viaje enrollada y atada con un cordel.

Con todo aquello a su alrededor, aquel chico debía de sentirse como en casa. No así los otros, los que no tenían la suerte de ocupar un rincón. Las prendas de abrigo de sus acompañantes se amontonaban a los pies de las camas. Los juguetes, los pocos que tenían, rodaban por el suelo. Y sobre las mesillas de noche, que parecían el único enclave seguro de cada uno de aquellos pequeños reinos azarosos, se apretujaban las botellas de agua Solares, los tebeos muy sobados, los paquetes de galletas María, las piezas de fruta (y ahora caigo en que aquella sala olía a manzanas rancias).

Definitivamente, era una suerte ocupar un rincón. No sé si mi madre pensó lo mismo: desconfiada, no soltó la bolsa de viaje hasta que no alcanzó la franja que se extendía entre el costado derecho de mi cama y la pared. Debió de apreciar la seguridad relativa de aquel enclave bien defendido. Pero, por la cara que puso al escrutar el suelo, creo que pensó que aquella zona excluida también estaba a salvo de la acción de las limpiadoras.

—Este suelo da asco. En cuanto nos hayamos instalado, pido un cubo de agua y paso la fregona.

Lo dijo en un tono más bien desafiante, como adelantándose a la posibilidad de que alguna de las otras mujeres presentes pudiera oponer alguna objeción. Ninguna, naturalmente, dijo nada, lo que me hizo pensar que el rastro de agua jabonosa que se veía impreso en algunas zonas del suelo era obra, también, de alguna de ellas, y no de las limpiadoras del hospital.

Pero tampoco esa constatación, de momento, creó ninguna corriente de simpatía entre mi madre y aquellas mujeres. Era normal. Yo nunca la había visto tratar con tantos extraños en tan poco tiempo, ni asumir tantas novedades seguidas. Después de todo lo pasado, de haberla visto balbucear preguntas temerosas ante médicos y enfermeras, o hacer cola

ante la enésima ventanilla en la que debían de sellarle un papel, verla tomarse aquella pequeña revancha no me sorprendía. A ellas no les debía esa sonrisa suya cariacontecida, insegura, como prendida con alfileres, que ella interponía ante el mundo como gesto conciliador; ni aquel rojo subido que le teñía la nariz y la frente cuando se veía obligada a protestar y las frases le salían a borbotones, atropellándose unas con otras. Yo conocía bien esas debilidades suyas. Y sabía, también, que éstas suponían siempre para el adversario la ventaja comparativa de saberse frente a una rival falta de recursos. Yo, en mi escala, tampoco los tenía. Por eso creo que la entendía tan bien.

Por eso no logró imponerse al médico que ordenó mi ingreso en aquella clínica que todavía arrastraba la mala fama de haber sido hasta no hacía mucho hospital de caridad. Los médicos mejores, las instalaciones más modernas, estaban en el hospital general, que era donde nos «perteneía», según se atrevió a decirle al médico con un hilo de voz. Pero éste levantó la suya, mi padre torció el gesto, a mi madre se le subieron los colores, y una enfermera imperativa ordenó que la siguiésemos todos a otro despacho, del que salimos con los papeles de ingreso en la mano.

Hasta yo me di cuenta de que nos habían infligido una humillación, y no sé si me puse nervioso, como mi madre, o si, como a mi padre, me salió la mueca agresiva, que a él se le traslucía en un temblor del labio inferior. En eso, como en tantas cosas, yo era, y creo que todavía soy, la perfecta síntesis de los dos. Pero entonces todavía podía acogerme a los privilegios de mi edad: me desentendí del aprieto en que se veían, como si no fuera yo la causa del mismo, y hasta sentí vergüenza de que se pusieran en evidencia inútilmente. Pensé que merecían que me operase un cirujano inexperto y me dejase la boca torcida para siempre, o que me muriese de una infección. El remordimiento les duraría años, quizá toda la vida. Ellos se lo habían buscado.

Lo del ingreso se decidió, lo recuerdo perfectamente, un viernes de febrero, víspera de mi undécimo cumpleaños. El accidente fue el sábado anterior. Y la evidencia de que tenía la mandíbula rota no se había impuesto hasta esa misma mañana. Por lo visto, no era fácil diagnosticar una fractura de esa clase. No, al menos, con los medios de un hospital del seguro en una capital de provincia. Y el efecto que me causaba la inoperancia de los médicos era el mismo que el del apocamiento de mis padres: allá ellos; si no saben componer una mandíbula rota, se merecen que el paciente les persiga para siempre con la sonrisa torcida. Si alguna vez me los cruzaba por la calle, me plantaría ante ellos con media cara descolgada y me reiría de ellos; es decir, si es que uno puede reírse con la mandíbula rota. Yo no era entonces consciente de que el sufrimiento propio, aunque pueda transferirse momentáneamente a otros, resulta siempre inalienable. Y de que de nada servía pensar que la culpa de lo que me pasaba era de los padres, los médicos o, puestos a elevar el caso a la responsabilidad más alta, del propio Jefe de Estado, que contemplaba aquellas escenas con gesto distante desde los retratos que presidían los consultorios y despachos. A aquel viejo adusto podían reprochársele muchas cosas, ya fuera a gritos, como se decía que hacían los estudiantes de Madrid y Barcelona, o a susurros, como hacía mi padre cuando los hombres se apartaban de las mujeres para hablar de política. Podía reprochársele que viviésemos en un «partidito» de dos habitaciones sin baño, mientras que en Alemania o Francia, donde habían trabajado mis tíos, no había trabajador que no disfrutase de un piso de tres o cuatro dormitorios. Podía reprochársele, en fin, que mi padre ganase tres mil pesetas a la semana. Pero no que yo me hubiese roto la mandíbula en un tonto accidente. O quizá sí, porque todo guarda relación, y no hay manera de acotar la secuencia pertinente de hechos en la cadena ininterrumpida de causas y efectos.

—Enfermera, estas sábanas están manchadas.

Con ellas sí; con las enfermeras podía permitirse mi madre aquel tono seco, tajante, que no admitía réplica.

Las enfermeras de entonces, que tenían todas porte de mantenidas o de madres solteras.

Aquel reguero de manchas rojizas lo mismo podía ser de óxido que de sangre o mierda. Yo me hubiese conformado con que me asegurasen que sólo se trataba de lo primero. Pero a ver quién ponía la mano en el fuego. Así que la enfermera –la auxiliar de clínica, como mi propia madre se encargó de aclarar, con un tecnicismo impropio de ella, en cuanto la aludida se alejó lo bastante– acató la orden sin chistar.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**